

# Un intercambio de la Guerra Fría

Felipe Edwards del Río,



**P**arecía una operación digna de una novela de John Le Carré. El 1 de agosto, siete aviones provenientes de seis países aterrizaron en Ankara. De Rusia llegaron el periodista Evan Gershkovich, del Wall Street Journal, el contratista de seguridad Paul Whelan, y catorce otros prisioneros políticos y de conciencia; mientras, desde Alemania, Estados Unidos, Eslovenia, Noruega y Polonia viajaron a la capital turca ocho espías rusos, entre ellos Vadim Krasikov, un coronel del Servicio de Seguridad Federal de Rusia (FSB) condenado a cadena perpetua en Alemania por el asesinato en Berlín del guerrero checho Zelimkhan Khangoshvili. Todos fueron repatriados posteriormente a sus respectivas naciones, donde fueron recibidos con alfombras rojas por los presidentes Joe Biden y Vladimir Putin.

Según la escritora y académica rusa Masha Gessen, la operación nació en enero de 2022, en un encuentro en Los Ángeles, California, entre Christo Grozev, un periodista de investigación radicado en Viena, y María Pevchikh, líder del movimiento contra la corrupción en Rusia fundado por Alexsei Navalny. Grozev ganó un Oscar por su documental "Navalny", donde, con información obtenida por Grozev, Navalny llama desde Alemania a quienes intentaron envenenarlo y obtiene sus respectivas confesiones. Semanas después de esa comunicación, Navalny regresó a Rusia e inmediatamente fue encarcelado.

Inspirados por intercambios de espías durante la Guerra Fría, uno de los cuales involucró a cuatro países y una treintena de personas, Grozev y Pevchikh discutieron cómo organizar el canje de Navalny y otros prisioneros rusos por espías rusos recluidos en Occidente. Grozev fue informado que se había enviado un equipo para asesinarlo en Viena, y optó por no volver a Austria y permanecer en Estados Unidos. James P. Rubin, delegado especial del Departamento de Estado, descubrió su situación y ofreció alojar a Grozev en su casa. Ahí el periodista le detalló su idea de un intercambio masivo.

Rubin, junto a Roger D. Carstens, principal negociador de rehenes del Departamento de Estado, desarrollaron el plan y se lo presentaron al secretario de Estado, Anthony J. Blinken, quien lleva consigo una tarjeta con los nombres de más de setenta estadounidenses deteni-



dos injustamente en el extranjero: los liberados impresos en rojo y los aún detenidos en negro. En marzo de 2023, Blinken propuso el proyecto a Biden, quien lo aprobó.

La Casa Blanca decidió dejar las negociaciones en manos de las agencias de inteligencia respectivas, más pragmáticas y expeditivas que los canales diplomáticos. En enero de 2021, durante una cumbre en Ginebra, Biden y Putin habían acordado que sus servicios de espionaje se comunicaran entre ellos sobre temas relacionados con sus prisioneros. La pregunta para Washington era quién ofrecer, que fuera de interés para Putin, a cambio de suscautivos en Rusia.

En diciembre de 2022, autoridades de Eslovenia detuvieron a Artem Dultsev y Anna Dultseva, agentes "ilegales" de SVR, la agencia de inteligencia rusa. Por años habían personificado a una pareja de argentinos, criaron sus hijos en la religión católica y sólo hablaban español en su casa. La importancia de la pareja se reveló una semana tras su regreso a Moscú, donde fueron entrevistados en el noticiero principal de la red estatal y celebrados como héroes que "entregan sus vidas al servicio de la patria con sacrificios que una persona normal no podría comprender".

La pieza clave de la negociación fue Krasikov. La recuperación de sus agentes es fundamental para Putin para mantener la moral y buenas relaciones con las

**“  
El imperativo moral de librar dieciséis prisioneros políticos en Rusia prevaleció sobre el riesgo moral de incentivar más detenciones”.**

agencias de inteligencia que lo formaron, pero el gobierno alemán era reacio a liberarlo. El canciller Olaf Scholz finalmente superó la oposición al acuerdo dentro de su coalición de gobierno y pasó a llevar una larga tradición germana que prohibía la intervención política en casos judiciales.

Scholz había insistido en que Navalny formara parte de cualquier acuerdo, pero se ello se volvió imposible por su sospechosa muerte en una cárcel rusa, en febrero pasa-

do. El canciller fue convencido por el pedido personal de Biden y el refuerzo de la relación entre sus países, así como por la magnitud del arreglo, que incluyó cinco ciudadanos alemanes y varios disidentes rusos.

Se hizo vista gorda, también, a la preocupación porque el intercambio pudiese incentivar el encarcelamiento de otras personas inocentes a manos del régimen de Putin. El imperativo moral de librar dieciséis prisioneros políticos prevaleció por sobre el riesgo moral de incentivar más detenciones. Norbert Röttgen, expresidente de la Comisión de Relaciones Exteriores del Bundestag, señaló que el estado de derecho ha pagado un alto precio, "pero es más importante que no decepcionemos a esa gente. Esto nos distingue de Putin". Según OVD-Info, una ONG de derechos humanos rusa, quedan al menos tres mil casos de personas encarceladas motivos políticos en el país.